

## ¿ES EL HEBREO BIBLICO UNA LENGUA POBRE?

**T**OPICO frecuentemente repetido en manuales, monografías y enciclopedias es la afirmación rotunda, sin atenuaciones ni distingos, de que el hebreo antiguo, cuya única representación literaria —inscripciones aparte— son los libros del Antiguo Testamento, era una lengua pobre. Aunque a menudo no se especifica más, y pudiera en cierto sentido interpretarse esa peyorativa concepción de un modo absoluto, aplicándola a todos sus medios de expresión, generalmente se refiere, y a veces de modo bien explícito, a la pobreza, real o supuesta, de su vocabulario.

Verdad es que algunos autores, con más cautela, o silencian este aspecto o afirman sencillamente, como el P. Segundo M.<sup>a</sup> Rodríguez en los Prolegómenos de su *Gramática Hebrea*, que «no hay documentos para juzgar si el hebreo era lengua rica o pobre». Otros, como J. Touzard en el *Dictionnaire de la Bible* (t. III, col. 499), hacen la salvedad que restringe tal juicio al hebreo «tel que la Bible nous le fait connaître», y aún añaden «relativement au lexique assyrien et surtout au dictionnaire arabe». Mas también se hace constar acertadamente, siempre dentro del campo semítico, como tácita disculpa o atenuante de la tacha alegada, que «le vocabulaire hébreu n'est pas aussi mélangé de termes étrangers que les vocabulaires syrien et éthiopien», entendiendo por *syrien* una de las modalidades o dialectos de mayor relieve de la lengua aramea.

Con todo, fuerza es reconocer que la opinión corriente entre los que han saludado la lengua hebrea o tienen alguna formación cultural sobre el mundo de la Biblia es que, en efecto, este idioma se nos presenta como notoriamente pobre en su vocabulario. No añadiendo ninguna otra aclaración, ni histórica, dentro de su propia

evolución, ni comparativa con otras lenguas semíticas, ni tampoco semántica, gramatical o estilística, aspectos muy dignos de consideración, el resultado es que el hebreo bíblico han quedado en cierto modo estigmatizado con esa nota de penuria léxica.

La lengua hebrea, que goza el privilegio de perenne y hasta eterna actualidad, como el Libro que es su más espléndida creación, hoy está en un plano de honor en el área lingüística por varias razones: incremento cada vez mayor —¡loado sea Dios!— de los que la estudian para mejor inteligencia del sagrado texto; plena reviviscencia que ha logrado en la moderna literatura judaica a partir de cien años y como idioma oficial en el nuevo Estado de Israel hace un duodenio, y, finalmente, por los sensacionales descubrimientos de antiquísimos manuscritos, en su mayoría hebraicos, en el desierto de Judá. Creemos, por consiguiente, de especial interés cualquier disquisición tendente al mejor conocimiento de la índole, características e historia de esa lengua que judíos y cristianos seguimos llamando *santa*, y, al efecto, vamos a estudiar la cuestión planteada en el epígrafe del presente artículo, limitándonos —huelga la observación— al hebreo bíblico, cuya proyección literaria abarca algo más de un milenio.

### *Caudal léxico de la Biblia hebrea.*

El orientalista holandés, Juan Leusden (1624-1699) computó 5.642 palabras, entre hebreas y arameas, en el texto masorético de la Biblia; deduciendo las arameas, quedarían aproximadamente unas *cinco mil* hebreas. En cuanto al número de raíces, que constituyen el núcleo fundamental del tesoro léxico en un idioma, algunos lo elevan a «unas dos mil», cifra evidentemente exagerada, sobre todo, si se la compara con las que suelen adjudicarse a otras lenguas. Más acertadamente quizá consigna el abate H. Pérennés alrededor de quinientas raíces.

A título de comparación, tal vez no esté fuera de lugar el siguiente testimonio de S. Reinach (*Manuel de Philologie Classique*, 1880, p. 109, nota 6) relativo al griego y al alemán: «Il y a en grec 500 racines pour 150.000 mots, en allemand 200 racines pour 80.000 mots.» Sin embargo, en un vocabulario de «Raíces alemanas» publicado (1929) por el Instituto de Idiomas de la Universidad de Zaragoza, obra del catedrático y docto lingüista D. Miral, figuran un

total de 1.690 con su significación en español, cifra que coincide casi exactamente con la que se desprende del «Index allemand» de la obra de R. Grandsaignes d'Hauterive *Dictionnaire des racines des langues européennes*, a pesar de que ambos autores siguen procedimientos distintos.

Sea cual fuere el valor real que quiera concederse a esas cifras, bastante oscilantes y subjetivas, y la que se adopte como más probable, entre las susodichas, de raíces en la lengua hebrea bíblica, vemos que ésta encierra tantas o más posibilidades léxicas que las de más exuberante vocabulario, y así lo han apreciado los ilustres filólogos que han dirigido sabiamente el resurgimiento del hebreo como lengua del siglo XX.

### *Pobreza y riqueza en las lenguas.*

A fin de dar a nuestro estudio toda la amplitud de visión que sea posible, dentro de los límites naturales en un trabajo de esta índole, vamos a considerar la pobreza o riqueza del hebreo en la plenitud de su esfera lingüística, es decir, en todos sus medios de expresión, en su gramática, aquí como siempre alma de la lengua, y en su vocabulario, tesoro del idioma.

Hasta el presente, aparte de las intuiciones geniales de algunos sabios, no incorporadas plenamente al común complejo de la ciencia lingüística, no se ha profundizado lo bastante en la cuasi-infinita potencialidad y efectividad expresiva del lenguaje. De ahí que al hablar de riqueza o pobreza de un idioma, suele entenderse casi exclusivamente del vocabulario y precisamente desde el punto de vista numérico, pero apenas se enfocan otros de los recursos expresivos que entran en el terreno de la Sintaxis, la Estilística y la misma Semántica. Esto, como es natural, implica una visión incompleta e imperfecta del problema.

Ante todo, para juzgar al hebreo en cualquiera de sus aspectos, hay que tener en cuenta las certeras observaciones del P. Joüon en el *Avant-propos* de su excelente *Grammaire de l'Hébreu Biblique* (2.<sup>a</sup> ed. Roma, 1947): «Une langue sémitique comme l'hébreu donne l'impression d'un monde nouveau. Le système phonétique a des valeurs inconnues dans nos langues; la morphologie et la syntaxe ont des procédés tout différents des nôtres. Pour pénétrer l'organisme et le génie de l'hébreu il faut se défaire de ces habitudes phonéti-

ques et grammaticales, comme aussi de certaines idées suggerées par nos langues» (pág. VIII).

Para juzgar con absoluta garantía si el hebreo bíblico era o no rico en vocabulario, sería preciso conocer completamente el tesoro léxico usual en la era bíblica, o bien el testimonio fidedigno de competentes filólogos de aquel tiempo. Nada de eso es posible; por lo tanto, hemos de atenernos exclusivamente a la literatura de aquellos siglos tan remotos que se nos ha conservado, y que, no lo olvidemos, en sus ejemplares más antiguos se retrotrae dos milenios con respecto al Corán.

Pero así considerado el problema, ofrece múltiples dificultades en relación con la amplitud ideológica y verbal de esa literatura, los moldes en que está vaciada, composición y definitiva redacción o fijación, cuestiones todas que restringen, cada una en su esfera, nuestras posibilidades de conocimiento de ese vocabulario.

Los libros del A. Testamento pertenecen todos a la literatura religiosa, aunque dentro de ella puedan señalarse variedades; pero quedan fuera extensos sectores de la vida y el habla humana con su vocabulario correspondiente. En total abarca la Biblia hebrea, según el antes citado J. Leusden, 23.602 versículos, equivalentes quizá a un total de 250.000 palabras hebreas y arameas. El mismo orientalista seleccionó *dos mil* versículos en su *Compendium biblicum* (Utrecht, 1674), en los cuales van incluidas todas las voces hebreas y arameas, tanto primitivas como derivadas, del A. Testamento. Es evidente que muchos autores de cualquier literatura dejaron una producción cuantitativamente tan copiosa o más que la antiguo-testamentaria. En tiempo de Cicerón el latín disponía ya de un vocabulario extenso, y, no obstante, el gran orador, calificado por A. Meillet como «el más grande literato de la antigüedad», de proverbial exuberancia verbal, empleó solamente en sus variadas y múltiples obras unas *diez mil voces*. A otros grandes y fecundos escritores de las naciones modernas se les ha computado un vocabulario de unas doce mil palabras, en lenguas que, como el español, atesoran hoy día un caudal de unos setenta u ochenta mil vocablos, prescindiendo de la terminología tecnológica y científica.

Las cifras que anteceden, con la reducción que implica un nivel más bajo de cultura, puesto que ésta acrecienta el léxico, pueden servir de instructiva base para formarnos una idea bastante exacta de lo que podría ser el vocabulario completo de la lengua hebrea

en la era bíblica. Aparte de las obvias razones lógicas y aun las de orden matemático indicadas, existen algunos argumentos irrecusables que nos demuestran la mayor amplitud de ese vocabulario en el ámbito de la lengua hablada, y es el léxico de la Mišná, cuya elaboración, como es sabido, comenzó siglos antes de la era cristiana, aun cuando su codificación definitiva, por obra de Yehudá ha-Naší, se realizara a fines del siglo II o principios del III d. C.

Cierto que por vía de referencia, comparación, relato popular, etcétera, hallamos en esa literatura netamente religiosa del canon bíblico voces y expresiones de muy diversos campos, como son el histórico, geográfico, agrícola, pecuario, industrial; pero, naturalmente, en mínima cantidad. Faltan escritos específicos de esos y otros sectores de la actividad humana desplegados por los hebreos, que acrecentarían notablemente —¿quién lo duda?— el acervo total del tesoro hebreo-bíblico.

Además, hay que tener en cuenta que los géneros literarios de la Biblia están troquelados en moldes de estudiada factura, a los que sistemáticamente se someten los escritos posteriores. Hay infinidad de fórmulas, locuciones y maneras de decir que adquirieron categoría de verdaderos cánones del arte literario. Esto limita en cierto modo la inventiva y libertad del escritor, y, por ende, su vocabulario.

### *Fonética.*

Clásicos son los veintidós signos gráficos del alfabeto hebreo, pero erraría gravemente el profano que creyese limitada la prosodia en esta lengua a veintidós fonemas: los puntos diacríticos, el llamado *šibbólet* de la penúltima letra y el *daguéš* fónico de las letras *b<sup>e</sup>g<sup>a</sup>dke<sup>f</sup>t* (labiales, dentales, velares, oclusivas o fricativas) principalmente, que aumentan el número de sonidos —consonánticos, naturalmente— hasta 29, hacen que dicho conjunto de signos gráficos represente en la realidad una gama mucho más rica de sonidos.

Añadamos 15 *mociones* que constituyen el cuadro de vocales y obtendremos la elevada cifra de 44 fonemas, incluyendo, al estilo de las lenguas indoeuropeas, tanto las consonantes, únicas que en las lenguas semíticas tienen consideración de letras, como las vocales, que para nosotros constituyen los fonemas por excelencia, puesto que suenan claramente por sí mismas, en tanto que las consonantes

necesitan normalmente el apoyo de las otras, con las cuales *con-suenan*.

Pero hay más todavía. El *dagués* fuerte, signo de reduplicación, que puede acompañar a todas las consonantes, excepto a las cinco llamadas *guturales* (o laringales, según algunos gramáticos), acrecienta con un nuevo matiz a los 24 fonemas consonánticos restantes. Por consiguiente, habría que añadir, en rigor de verdad, otros 24 matices fónicos, puesto que en la pronunciación —aunque se hable de reduplicación, o se le llame también «morfológico» a dicho *dagués* fuerte— no son dos sonidos iguales que se suceden inmediatamente uno a otro, sino un solo sonido reforzado: no es *qiṭetel*, sino *qiṭ̣tel*. No es menester recordar que si bien ciertas lenguas modernas como el francés o el italiano, admiten semejante duplicación en casi todos los fonemas, el español en cambio, a pesar de su rica fonética, tan sólo la admite con la nasal *n* (*nn*), y, si se quiere, la vibrante *r* (*rr*), aunque en realidad, por más que los gramáticos den a esta última tal consideración, la *rr* doble implica un sonido diferente. De esta manera el elenco total de los sonidos y sus matices se aproxima a los 70, cuantía que muy pocas lenguas alcanzarán.

Pero la expresividad fonética de una lengua tiene todavía mayores horizontes, toda vez que no se puede prescindir de las inflexiones, modulaciones, y demás factores que integran el arte de la lectura, tratándose de un texto escrito, correspondientes a la musicalidad de una buena dicción o elocución en la lengua hablada. Si prescindimos del complicado alfabeto fonético y sus signos auxiliares, de uso restringido al campo de la Fonología, no hay lengua alguna en cuyos textos se indiquen esas inflexiones vocálicas fuera del texto bíblico en su recensión masorética, *textus receptus* de la Biblia hebrea desde hace quince siglos. Ese juego completo de los llamados *acentos* (o, con mayor expresividad y propiedad, en hebreo, *te'amim* «sabores» o *neginot* «melodías»), comprende en sus dos series, *disyuntivos* y *conjuntivos*, un total de veinticinco, a los cuales hay que agregar otros quince peculiares de tres libros poéticos (Job, Salmos, Proverbios), denominados con la sigla de sus iniciales *'emet*.<sup>1</sup>

1. Puede verse sobre esta materia nuestro estudio «Los acentos hebreo-bíblicos y el arte de la lectura» publicado en esta MISCELÁNEA (IV, 1925, páginas 129-141).

¿Qué idioma puede contar con un caudal semejante de elementos fonéticos y melódicos como los que hemos enumerado, de la lengua hebreo-bíblica? Con razón se ha ponderado por los entendidos la gran armonía y sonoridad de la «lengua santa».

### *Morfología.*

Pasemos a la Morfología, empezando por la general o Tematología, de la cual antes no se hacía mérito en las gramáticas de las lenguas, pero que modernamente ocupa un destacado lugar, que nos da como una visión de la estructura interna de las palabras y facilita su clasificación morfológica y la consiguiente semántica, al menos según algunos aspectos de su significación.

Unos *ochenta* tipos de nombres hebreos —siempre dentro del área bíblica— catalogan las gramáticas completas modernas al exponer esta cuestión, cifra que evidencia gran riqueza en la tematología nominal.

Los *numerales*, de especial importancia por varias razones en la economía, origen y evolución de las lenguas, presentan en el hebreo gran variedad, dado que, aparte de otros detalles, tienen los diez primeros ambos géneros, masculino y femenino, estado absoluto y constructo, y algunos de ellos, restos de formas arcaicas, anómalas o dialectales.

Dentro de la Morfología particular o descriptiva, el *substantivo* presenta diferentes formas, según el *género* (masculino y femenino, puesto que sabida es la falta del neutro en las lenguas semíticas), el *número* (singular, plural y dual, éste en cierta clase de substantivos y en algunos numerales), el *estado* (absoluto y constructo, en singular y plural de ambos géneros) y la *sufijación* pronominal, de gran variedad, no solamente por lo que a los pronombres sufijados se refiere, sino a la forma que adoptan los nombres en singular y plural, masculino y femenino.

Mirado en su conjunto, el cuadro de variaciones que puede ofrecer el nombre, a tenor de todas las categorías enumeradas, supera con creces a las que representa la declinación griega o latina. No hace falta recordar que en estas lenguas, al igual que en las neolatinas, no se da la sufijación pronominal del nombre, que tan estrecha conexión marca entre éste y los pronombres correspondientes a las tres personas gramaticales. A falta, pues, de la declinación a estilo grecolatino o del sánscrito, alemán o el mismo ára-

be, tiene el hebreo una flexión interna de variados matices y firme contextura.

Las mismas partículas, escasas en el hebreo bíblico y considerablemente aumentadas en el postbíblico, presentan a veces el estado constructo, como recuerdo ostensible de su primitivo carácter nominal.

Los *adjetivos*, parvos en número, quizá por razones de alta filosofía que presiden el genio de esta lengua (por ejemplo, preferencia de lo substantivo a lo accesorio o adventicio), tienen, no obstante, como equivalente ideológico, en muchos casos, complementos nominales: *la casa del padre = la casa paterna*, y pueden asimismo adoptar la forma del estado constructo cuando van substantivados. Admiten grados de comparación, por más que la forma de éstos no sea de tipo morfológico sino sintáctico, en lo cual se diferencia del griego y el latín, y aun del árabe. La del comparativo de superioridad es bien simple, a base de un complemento nominal, término de la comparación, de origen, análogo al ablativo comparativo latino. El superlativo, formado con circunlocuciones, presenta gran variedad: hasta cinco procedimientos distintos, todos de notable expresividad y algunos de insuperable concisión.

El *verbo* hebreo no tiene, ciertamente, las 1.700 formas posibles, incluídos los participios con su declinación, que aproximadamente alcanza en griego, lengua con la que ninguna otra puede compararse en cuanto a exuberancia en esta categoría gramatical. Con todo, en sus siete conjugaciones normales rebasa las doscientas formas que pueden presentar los temas verbales, y a ellas hay que añadir cerca de un centenar y medio que puede ostentar el verbo mediante la propiedad inexistente en griego y en latín, y que se da en español y en italiano: la sufijación, con lo cual la cifra de formas verbales posibles frisa en unas 350.

Por otra parte, los verbos llamados guturales o semi-imperfectos y las seis u ocho clases de verbos irregulares, es decir, francamente anómalos, que estudia la gramática hebrea, muestran una gran variedad en su conjugación, dentro de la limitación numérica de verbos encuadrados en esas irregularidades.

### *Sintaxis.*

Afirma el antes mencionado P. Rodríguez en su *Gramática Hebrea*, a propósito de la sintaxis de esta lengua, que en esta parte



resulta aun más difícil que en las anteriores formular reglas, porque en ella «campean con mayor libertad las más altas potencias del alma, desde una imaginación brillante y un corazón fogoso hasta una inteligencia sutil y una voluntad antojadiza e independiente».

A pesar de las profundas diferencias entre la psicología hebrea, oriental en el fondo, pero fuertemente caracterizada con notas propias, y la nuestra de hombres occidentales, herederos de la cultura grecorromana, y a pesar de los varios milenios que nos separan de los tiempos bíblicos, un amplio estrato de la sintaxis hebreo-bíblica coincide perfectamente con nuestra manera de expresarnos. La Gramática general podría muy bien explicarse con ejemplos hebreos. Sin embargo, si pasamos al terreno de las diferencias, son notorias las particularidades que ofrece la sintaxis hebraica y las curiosas perspectivas que abre a los moldes a veces demasíadamente rígidos y dogmáticos impuestos, si no por las lenguas, al menos por las gramáticas griega y latina. Baste, por ejemplo, la universalidad gratuitamente concedida en éstas al llamado verbo substantivo, inexistente en la lengua hebrea y demás semíticas, particularidad que impone nuevas orientaciones ideológicas y elocutivas.

La determinación o indeterminación del nombre, es decir, el uso u omisión del artículo, origina en la construcción y sentido de esta categoría gramatical ciertas peculiaridades.

El plural de los nombres, más geométricos o de extensión en todos los aspectos que aritmético o de número, presenta asimismo curiosas perspectivas, cual es el uso de este número para voces como *vida, rostro, juventud, Dios, sabiduría excelsa, fidelidad plena, etc.*

Las relaciones que otras lenguas expresan por medio de los casos las indica la sintaxis hebrea con procedimiento extremadamente sencillos.

La multiplicidad, totalidad, diversidad y distribución son ideas que el hebreo pone de manifiesto sin oscuridad ni tropiezo, mediante la simple reiteración del nombre, conforme a la naturaleza de ciertos substantivos y su significación.

Lo más maravilloso del idioma hebreo es la facilidad de expresar con dos tiempos solamente (o «aspectos», si se quiere mayor exactitud) la abundosa proliferación de tiempos o variedades de éstos que vemos en griego o en español (18 en ambos). El meca-

nismo sintáctico de dichos dos tiempos es tan expedito y tales facetas presentar, que en el hebreo moderno no se ha creído necesario amplificar esta categoría verbal. La riqueza o excelencia de una lengua puede estribar en posibilidades como la que señalamos, tan sencilla como densa en sus significaciones, y no precisamente en el factor numérico de los instrumentos gramaticales de cualquier orden que se trate.

El énfasis en sus diferentes formas, cualidad tan sobresaliente en la expresividad lingüística y de tan fuerte matización afectiva, se indica en hebreo con variados y sencillísimos elementos, como son una reduplicación, una letra paragógica (la *h*, es decir, el fonema de menor intensidad y fuerza, aunque quizá el de mayor sugestión espiritual), un apócope. Una brevísima partícula (*na'*) matiza suavemente el imperativo, quitándole aspereza y trocando el mandato en exhortación o ruego. El futuro (mejor diríamos *infecto*) y el imperativo muestran morfológicamente la analogía que patentiza su significación, puesto que son intercambiables muchas veces, reforzando o atenuando, según convenga, la idea enunciada.

Hay perífrasis curiosas y vivaces como la de los verbos adverbiales, de los que no hay ejemplo en las lenguas modernas ni quizá en las antiguas indoeuropeas; hay también elipsis, a donde no llega ni la concisión de un Tucídides o un Salustio, como la llamada *constructio praegnans*, en la cual se contiene virtualmente un verbo que reclama el sentido pero no va expresado. También la silepsis aparece ampliamente representada en la frase hebrea, e igualmente podríamos mencionar otras figuras del lenguaje.

### *Estilística.*

Poco es lo trabajado hasta el presente, al menos de modo sistemático y completo, en la Estilística hebreo-bíblica, que tan variadas e interesantes perspectivas ofrece, lo mismo en el campo de la Gramática como *Syntaxis ornata*, que en el de la Preceptiva literaria. Señalemos, por ejemplo, las sugestivas y luminosas orientaciones que encierran los *hebraísmos*, de tan diverso origen. Poetas como Isaías, el autor del libro de Job, los salmistas y aun añadiríamos la mayoría de los profetas, agotan todo el repertorio de las figuras literarias; en sus escritos pueden encontrarse todas las que tanto hemos admirado en los escritores griegos y latinos

de la antigüedad clásica, posteriores, aun los primeros, en varios siglos a los vates bíblicos.

Hasta en los libros de composición más sencilla, como el libro de Rut, se advierte un arte fino y exquisito, y en los mismos Evangelios hay una maestría de exposición en que no se ha reparado lo bastante, aunque algunos exegetas, como el P. Huby y el P. Bover, han efectuado estudios y consideraciones muy estimables y luminosas.

En suma, diríamos que el hebreo bíblico, y aun en cierto sentido el de todos los tiempos, es una lengua que con limitados recursos y sencillos procedimientos consigue efectos maravillosos. El vocabulario, aun dado caso que se le considere como realmente exiguo, en número —lo cual, repetimos, es difícil de probar de un modo definitivo— es, en cambio, extraordinariamente rico en sentidos y matices semánticos. Particularidad muy digna de destacarse es que a la analogía de forma entre varios vocablos suele corresponder analogía de sentido, y los matices diferenciales de éste, a veces en progresión de intensidad, tienen su correspondencia en la gradual intensificación de sonidos, p. e., *šalah* significa «enviar», y *šalak* (k = j), «arrojar».

### *Conclusiones.*

Del estudio precedente, aun esquemáticamente expuesto, se deduce claramente la conclusión general, contestación a la pregunta del epígrafe que lo encabeza, de que no hay fundamento sólido para afirmar, de modo contundente e irrefutable, si el hebreo de los tiempos bíblicos, considerado en su totalidad, era una lengua rica o pobre en cuanto a sus medios de expresión, copiosa o parva en vocablos.

La literatura bíblica, a pesar de su complejidad de autores y materias, pertenece en realidad y fundamentalmente a un solo género, el religioso, con eventuales y exiguas irradiaciones de otros sectores. Por añadidura, los escritos más antiguos fijaron los módulos literarios y tipos de expresión que servirían de pauta a los siguientes con gran rigor y extremada fidelidad, como auténticas fórmulas rituales, hasta a los mismos libros del Nuevo Testamento en cierto sentido, con fuerte influencia también en la literatura hebrea postbíblica, casi diríamos hasta nuestros días, con mayor

o menor profundidad, al menos en algunos géneros más próximos a los clásicos de la Biblia.

Esa técnica literaria, pues como tal debe considerarse, creó unos moldes de especial artificio, dentro del gusto oriental y de las finalidades propias perseguidas por los hagiógrafos, de innegable belleza y excelsos primores, pero que indudablemente puso un valladar para nuevas creaciones y sirvió de cortapisa a las geniales o fantásticas osadías, dentro del tradicionalismo de la mentalidad semítica.

En cierto modo, como lo demuestra la consideración del léxico de las lenguas cultas modernas, exponente de una civilización avanzada, el vocabulario de una lengua está necesariamente en función de la cultura alcanzada por el pueblo que la habla; de ahí que entre los de una misma época, aun considerada ésta de varios siglos de duración, sobre todo si reviste ciertos caracteres comunes, haya necesariamente notoria proporción y analogía en cuanto al caudal léxico que es la expresión y vehículo de tal civilización y cultura.

Todo esto ha de tenerse en cuenta, dentro de la medida de lo posible y salvando las oportunas distancias y las barreras inmovibles, al comparar el hebreo antiguo con otras lenguas semíticas de los antiguos pueblos del Oriente Próximo, como el asirio-babilónico. Mas también, a la inversa, debe servir de freno esta consideración en nuestro caso para no lanzarse a comparar inoportunamente lenguas, aun del mismo tronco, que representen culturas muy diferentes o de épocas muy distanciadas entre sí. Tal es el caso del hebreo bíblico inoportunamente comparado con el árabe de un milenio posterior, el de la época islámica. A lo sumo, en tal caso, podría compararse con éste el hebreo postbíblico, acrecentado sobre el prístino estrato antiguotestamentario con el aluvión de muchos términos griegos, latinos, persas, etc., y hasta árabes en la avanzada Edad Media, por obra de los escritores judíos, orientales primeramente y occidentales después, a partir del siglo décimo.

La obvia falta de documentos del habla vulgar correspondiente a los tiempos bíblicos, y no digamos de elencos de voces o estudios lingüísticos, constituirá siempre insuperable obstáculo para la plena dilucidación del caudal léxico atesorado real y verdaderamente por el idioma bíblico, al menos de una manera clara y convincente. Todo lo más a que podrá aspirarse no pasará de hipótesis, conje-

turas, deducciones, cotejos más o menos fundados e incluso improcedentes.

La Fonética, la Morfología y la Estilística del hebreo bíblico, aun elaboradas rígidamente a base del texto masorético, nos ofrecen un cuadro variado y abundante de recursos lingüísticos de gran expresividad, que superan a menudo a la riqueza de otras lenguas, sin exceptuar el griego, y que se hace ostensible comparando el texto hebreo bíblico con sus traducciones, antiguas o modernas, a pesar de que creemos firmemente no se han desentrañado aún todos los secretos y recursos expresivos de la antigua lengua de Israel.

Como resultado final de nuestro estudio, plantearíamos al lector nuevamente, pero ya desde muy distinto nivel y con más certera información, la pregunta que sirve de título: ¿Es el hebreo bíblico una lengua pobre, o rica? ¿Es, al menos, tan pobre como muchos se imaginan superficialmente? ¿Hay razones para seguir manteniendo ese vulgar tópico? Creemos que no. El hebreo fue calificado por Herder, que tan bien conocía la poesía bíblica, como la lengua más poética de la tierra. Otros, como el famoso A. Latouche, en el Preámbulo al *Dictionnaire comparé des langues* . . ., por E. A. Drouin (Caen, 1866), consideraron «l'hébreu, non comme langue édénique, mais comme la fille la mieux conservée et la plus simple du langage primitif».

El hecho mismo de que Dios eligiera esa lengua para vehículo de sus excelsas revelaciones es para nosotros un indicio de sus preeminentes cualidades, o de que al menos por obra de esos egregios pensadores, poetas, oradores, proverbistas, historiadores que fueron los hagiógrafos, adquirió una potencialidad relevante y especial capacidad para expresar los más altos pensamientos, las verdades más profundas y los más exquisitos sentimientos. Al revivificar los nuevos sabios de Israel, al cabo de dos milenios, el viejo idioma bíblico como lenguaje adecuado a la cultura del siglo XX, han tenido sumo cuidado en extraer de esa cantera todo el material asequible, señal inequívoca de su posibilidad intrínseca para adaptarse a las necesidades intelectuales y de todo orden de nuestro siglo. Otras lenguas, que no es menester nombrar, han sido tal vez por su arcaísmo y falta de vitalidad interior, la gran rémora para el progreso de sus hablantes. El hebreo, en cambio, en manos hábiles, ha sido a través de los siglos, en sus varios resurgimientos, desde la era bíblica hasta

hoy, un instrumento dócil y poderoso de expresión, y en él se han compuesto las obras más geniales y sublimes del espíritu humano, o al menos se inspiraron en las excelsas creaciones plasmadas en esa lengua, la «lengua santa». ¿Podría esto haber sido factible con un instrumento defectuoso, pobre y mezquino?

*David Gonzalo Maeso*